

Amador, Judith, "Africanía en la Costa Chica: ejemplo de nuestra tercera raíz", [s.e.], Guerrero, México, 04 de junio de 1999.

En Cuajinicuilapa, el primer Museo de las Culturas Afromestizas

Cuajinicuilapa, Gro., 3 de junio- La expansión del capitalismo; el menoscabo de la población indígena esclava y su posterior liberación en 1542; la necesidad de sacar adelante las empresas económicas de los españoles y, para ello, de contar con mano de obra que la población india no podía aportar, trajo como consecuencia la implantación en el virreinato de un sistema de producción esclavista basado en la explotación de los africanos.

Además de su importancia en el desarrollo económico de México, y América, la población negra transformó la sociedad debido al mestizaje que no sólo se realizó entre indios y europeos, sino también entre indios y negros, y europeos con negros. Asimismo hizo innumerables aportaciones culturales que van desde su concepción del mundo hasta tradiciones, danza, música y otras manifestaciones.

Hace diez años se creó el Programa Nacional Nuestra Tercera Raíz, del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, que tiene entre otros objetivos los de analizar y difundir la importancia y significación de la presencia africana en América, y brindar apoyo a investigadores afromexicanistas para analizar la cultura nacional desde la perspectiva de los aportes africanos.

Como uno de los resultados de esa labor, en marzo pasado abrió sus puertas el Museo de las Culturas Afromestizas, primero en su tipo en el territorio nacional en el que se mostrará el impacto que tuvo la presencia africana en la conformación de la sociedad y cultura mexicanas. El recinto, que constituye un centro cultural vivo, se encuentra en Cuajinicuilapa, población de la Costa Chica de Guerrero.

En Cuajinicuilapa, o Cuijla como también se le conoce, realizó sus primeras investigaciones el desaparecido antropólogo Gonzalo Aguirre Beltrán, pionero de los estudios afromexicanistas. Cuando él fue en 1948, lo consideró "un enclave distinto a las poblaciones indígena y nacional que la rodean" y una de las poblaciones "que todavía pueden ser catalogadas como negras".

Gabriel Moedano investigador del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), consigna en la edición del casete *Soy el Negro de la Costa*: "Guerrero y Oaxaca son las dos entidades del país que cuentan todavía con una población de origen

africano fácil de identificar física y culturalmente, de manera particular en el área común a ambas que se conoce con el nombre de Costa Chica, litoral que se extiende desde San Marcos al sur de Acapulco, hasta Huatulco en el estado de Oaxaca".

Hoy en día, coinciden investigadores afromexicanistas, diversos factores como la migración, el turismo, el desarrollo de los medios de transporte y comunicaciones, han contribuido a un mayor mestizaje de la población por lo que los rasgos somáticos africanos que se conservaban en la Costa Chica se han ido desvaneciendo y sólo en poblaciones más aisladas aparecen más acentuados.

De acuerdo con Moedano al hablar de rasgos físicos africanos deben entenderse generalidades como nariz de base ancha, labios gruesos y pelo rizado, ya que en África existieron y existen diferentes etnias que tienen características particulares que las hacen diferentes entre sí. Destaca que la Costa Chica es una zona pluriétnica en la que se pueden encontrar grupos indígenas: mixtecos, amuzgos, tlapanecos y chatinos; mestizos y afromexicanos, estos últimos conocidos regionalmente como morenos.

El etnólogo coincide con Araceli Reynoso, investigadora del Programa Nuestra Tercera Raíz, en el sentido de que todos los mexicanos somos mestizos: biológica y culturalmente partimos de las raíces indígena, española y africana.

Entre el mito y la realidad de la esclavitud

Reynoso y Moedano coinciden en que no existe conciencia de ese hecho histórico, en parte porque en las clases de historia de primaria no se ha enfatizado la presencia del africano en México y se ha destacado el mestizaje indio-europeo, cuando en realidad los españoles llegaron a ser parte minoritaria en la conformación de la población novohispana y desde temprano se inició la mezcla entre indígenas y negros.

Las mismas poblaciones que han conservado más rasgos somáticos afro, no tienen conciencia de su origen. Una leyenda de Costa Chica narra que hace siglos naufragó un barco en el que venían negros que se quedaron a vivir ahí. No hay en ese mito ninguna referencia a que el barco viniese del continente Africano.

El Museo de las Culturas Afromestizas cuenta con una sección en la que se plasma el porqué de la presencia de los negros en nuestro país y en el continente americano en general. Luz María Martínez Montiel, directora del Programa Nuestra Tercera Raíz, explica que la historia de la esclavitud africana se inicia aún antes del descubrimiento de América.

Gonzalo Aguirre Beltrán narra en sus investigaciones que cuando llegaron los españoles a América ya traían consigo algunos esclavos negros que incluso participaron en las

luchas contra la población indígena. La primera forma de esclavitud en México se estableció con los indios, pero en 1542, a solicitud de algunos frailes, entre ellos Bartolomé de Las Casas, fue derogada.

En 1580, consigna Aguirre Beltrán en su libro *El negro esclavo en Nueva España*, se establece una colonia de explotación en México, con el primer contrato para la introducción de africanos. Así nace el modo de producción esclavista a base del trabajo del negro. A la Nueva España se trajeron esclavos de Mauritania, Argelia, la Nigricia, el Congo y Angola, entre otros lugares de África. Los esclavos, dice Martínez Montiel, trabajaron en minas, obrajes, plantaciones, haciendas ganaderas y en las ciudades: "El africano dio su fuerza de trabajo para la construcción de América".

Herencia cultural que pervive

La directora del Programa Nuestra Tercera Raíz destaca que los esclavos fueron personas africanas que no sólo ayudaron a construir el país, sino que imprimieron en su trabajo su creatividad y cultura. Si bien cuando llegaron a América no traían consigo más que cadenas y tal vez una túnica que les proporcionaban en los barcos cargueros, hicieron muchas aportaciones culturales que van desde la concepción del mundo, pasando por la religión, la magia, la hechicería, el curanderismo, los bailes, la música, las lenguas criollas y muchas otras tradiciones.

Araceli Reynoso pone énfasis en que uno de los planteamientos de la Dirección General de Culturas Populares de Conaculta, a la que está adscrito el Programa, es la difusión y promoción de los valores de las diferentes culturas de México. Así surgió el proyecto del Museo de las Culturas Afromestizas, ubicado en Cuajinicuilapa.

Los objetivos del recinto son difundir el impacto que tuvo la presencia africana en la conformación de la sociedad y cultura mexicanas; promover el reconocimiento de la africanía, integrándola a nuestra raíz indígena y nuestra herencia europea; fomentar el rescate de las manifestaciones culturales nacionales que conserven elementos de africanía, y contribuir a que los mexicanos, tanto de la costa como de otras parte del país, tomen conciencia de su tercera raíz como parte de su identidad histórica y cultural.

Fue la propia comunidad de Cuajinicuilapa la que se interesó en la creación del Museo y solicitó el apoyo de la Dirección General de Culturas Populares. Estaban interesados en el rescate de sus tradiciones y el conocimiento de su historia. Reynoso dice que era inevitable hablar de la africanía en el discurso del museo.

Pero no sólo ha quedado plasmada la historia de la presencia africana en México y sus aportaciones culturales. El Museo es un Centro Cultural que fomenta la preservación de

las tradiciones. Se construyeron espacios de mampostería, para talleres y salas de usos múltiples que conservan la forma de las habitaciones tradicionales, que de acuerdo con Aguirre Beltrán, eran de origen africano: se construían sobre una base redonda, con bejuco y barro, el techo de forma cónica se cubría con zacatón.

Una cultura nueva

El investigador Gabriel Moedano Navarro se ha dedicado desde hace años a realizar un estudio etnohistórico y etnográfico de la población de la Costa Chica. Afirma que no se puede hablar de la existencia de una cultura africana en México, sino que con las raíces de algunas de las etnias que llegaron del África, elementos de las culturas indígenas y de la europea, se construyó una cultura nueva, en la que se pueden identificar rasgos de africanía.

Menciona como algunos elementos que conservan esos rasgos la habitación, llamada redondo, que tiende ya a desaparecer y ser sustituida por casas de planta rectangular hechas con otros materiales como el ladrillo y la lámina de asbesto. Subsisten también algunos hábitos como el cargar el niño a horcajadas sobre la cadera y llevar objetos sobre la cabeza "en un alarde de equilibrio, sobre un pequeño rodete llamado yagual".

El lenguaje de los grupos africanos llegados a la Nueva España se perdió, así como la indumentaria. Pero se puede identificar como un elemento distintivo la forma en que llevan las mujeres de la región la pañoleta o el rebozo: hacen un tipo de trenzado como turbante o tocado sobre la cabeza. Es una costumbre que también se usa en el Caribe y otras regiones de Afroamérica.

Danza, música y poética son quizá las manifestaciones en que se pueden distinguir más las raíces africanas. Gabriel Moedano dice que en la Costa Chica hay instrumentos musicales que no se encuentran en otras regiones del país, es el caso del llamado bote o teconte, un tambor de fricción hecho con un calabazo, y en la parte posterior lleva un parche restirado y un mástil que se frota con cera de Campeche.

Ese tambor se utiliza en la *Danza de los Diablos*, que tradicionalmente se ejecuta en los días de Todos los Santos y que es característica de la población afromexicana de esa zona del Pacífico. Si bien, destaca Moedano, la danza como la habitación en redondo aparece en poblaciones indígenas vecinas, son como un "préstamo cultural" de raíces africanas.

Los sones de artesa, que se bailan sobre una tarima de madera en forma de animal, la danza de *La tortuga* y la poesía en décimas son también aportaciones de la población afromexicana. Moedano recuerda que hasta hace poco eran muy comunes las llamadas

retadas entre mujeres en las que daban muestra de su habilidad verbal y poética al improvisar controversias rimadas.

Se dice que fueron los negros cimarrones, que huían de la esclavitud, y luego formaban comunidades con otros prófugos —llamadas palenques— quienes empezaron a reconstruir esas formas culturales, que más tarde se integraron con las raíces hispánica e indígena.

Gabriel Moedano realizó la investigación y producción del casete *Soy el Negro de la Costa*, editado por la Fonoteca del INAH. Es una antología que reúne diferentes expresiones musicales y poéticas de los afromexicanos de la Costa Chica, incluye una canción de arrullo tradicional; *La víbora*, son de artesa; *Coplas de amor y de aborrecimiento*, que reconstruye un duelo de coplas; *Parabienes*, cantados para despedir a los angelitos que murieron.

Además *Hurra Cachucha y los enanos*, sones de la *Danza de los Diablos*; *Filadelfo Robles*, un corrido tradicional grabado por Gonzalo Aguirre Beltrán en 1949; así como huapangos, una chilena y un son de tarima.

En el Museo de las Culturas Afromestizas se exhiben objetos etnográficos aportados por la comunidad. El Comité Pro Museo ha pedido ya un espacio para reconstruir un redondo tradicional; se fomentará el rescate de otras tradiciones y se verá cómo enfrentar nuevos retos, un ejemplo: las máscaras para la *Danza de los Diablos* se hacían con crin de caballo, como ya no hay caballos se verá que otros materiales se pueden utilizar. "Porque la cultura, concluye Araceli Reynoso, no es inamovible, es dinámica".